santa alegría los siguen. El altar, cerca del cual se dirigen todos estos ángeles de la tierra, con órden y modestia, está brillante de luces, y perfumado con el olor de los ramilletes."

El ministro del Dios que queria que los niños viniesen á él está allí, en el santuario, rodeado de los que le ayudan á instruir, y salvar á las almas: como los padres segun la carne, así el padre segun la gracia, tiene el corazon rebosando de emocion. Antes de salir al altar para consagrar las hostias que va á distribuir entre los niños purificados de toda mancha por el Scaramento de la penitencia, siente la necesidad de hablarles todavía mas del Dios que va á descender á sus corazones, y de la pureza que es preciso para recibirle dignamente

Jamas ha faltado en esta solemne ocasion la gracia á los oradores de parroquia; y sea bajo las altas y ricas bóvedas de una catedral, ó en una humilde Iglesia de campo, el cura, nunca ha dejado en aquel dia de estar elocuente. Su paternidad se exhala sobre los que le escuchan. En los ojos que aquellos adolescentes tienen alzados hácia el púlpito, y en los de sus padres, veis las lágrimas.....lágrimas como las que debe haber en el cielo, porque son mas dulces, mas puras que todas las alegrías de la tierra.

Las palabras que ocurren mas comunmente al Crisóstomo campestre, son: *hijos mios, queridos hijos*, y cada vez que las pronuncia, se conmueve toda la concurrencia.

El párroco desciende en seguida de la tribuna santa, para subir al altar. Todos los niños arrodillados, las niñas con sus largos velos de muselina blanca; tienen en las manos cirios encendidos. Todas estas luces que brillan sobre las tiernas cabezas, me han hecho frecuentemente (en la *media luz* de la Iglesia), el efecto de pequeñas estrellas que resplandecen sobre los predestinados.

El dia de la primera comunion fija el destino de un gran número de séres, y este punto de partida hácia la dicha ó la desgracia eterna, es conmovedor y admirable al considerarse.

Entre tanto sigue el santo sacrificio: el *Kyriae eleison;* el *Gloria in excelsis*, el *Credo*, se han cantado. El *Prefacio* anuncia que el momento de la consagracion está prócsimo....La fé, la piedad se redoblan en todas las tiernas almas que van á saciarse con la Sangre divina; entonces, la iglesia parece el cielo; Dios desciende allí, y los ángeles lo adoran. Los cánticos mas suaves, se entonan en este momento á Jesus y á Maria, con las voces mas dulces mejores de la parroquia. Mientras se elevan estos amorosos ruegos, el humo del incienso sube hasta el Señor....¡Oh! si en esta pequeña coleccion de ángeles, teneis un hijo, ¡cómo rogais entonces! ¡Cómo os inundan las delicias del cielo; y cómo amais á Dios....!

Cuando ha entrado esta emocion una vez en vuestro corazon, bien podeis envejecer, que no se borrará jamas, y cuando penseis en ella, os causará recuerdos gratos.

El sacerdote se da tres golpes de pecho....Despues comulga. Cuando el maestro de ceremonias hace la señal, se levantan simultáneamente á derecha é izquierda los niños y las muchachas; con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el pecho, los nuevos comulgantes se adelantan en número igual, se arrodillan ante la sagrada mesa, y reciben el trigo de los ángeles de mano del pastor, que aun tiene sus labios teñidos en la sangre de Jesucristo.

Durante la comunion hay momentos inesplicables de silencio y recogimiento, y cánticos para desahogar el alma su reconocimeinto y amor. Resuenan entonces las bóvedas sagradas con estas palabras:

¡Cuánto me son amados,
Señor, tus tabernáculos!
Cuán amados y caros
Para mi corazon!
Allí tú, con agrado,
Pronuncias tus oráculos,
La fé triunfa en tus áras,
Y vence allí el amor.

Feliz la criatura
Que llega á contemplarte,
Y gime al implorarte
Al pié del mismo altar:
Mas vale un solo instante
Del templo en los espacios,
Que un siglo en los palacios
Del mísero mortal.

En otros instantes se establece una especie de diálogo entre los coros de los niños.

TODOS JUNTOS.

Alábese el gran dia
Que al alma satisface,
Y en cantos de alegría
Bendígase al Señor.
Cantemos su ternura
La bienaventuranza,
La dicha y bienandanza
Que nos legó el Criador.
Descienda en este dia,
En medio de este mundo
Le plugo al sin segundo
Hacer grata mansion.
Bajo este antiguo techo
Cantemos nuestro amor,
Las gracias del que reina
En nuestro corazon.

LOS NIÑOS.

¡Oh hijas de Sion! que este recinto
Resuene con los cánticos sagrados!
Estos lugares santos
Llenos están de majestad divina,
Del Dios que al mundo en su poder domina,
Padre bondadoso que á sus hijos ama.
¡Oh cielos, cuánto bien, cuánta bondad!
Por sí mismo se da,
Y dándose asegura
El santo pan de la inmortalidad.

LAS NIÑAS.

Como nosotras
En este dia,
Del pan del cielo
Ahora nutridas:
Venid, cristianos,
Con voz unida,
Y alcemos todos
Nuestra cantiga;
Y bendigamos
Al que la inspira;
Alabad todos
Al Dios, que vida,
Salud reparte,
Bienes y dichas.
Pastor divino,
Sus ovejillas
Al pasto umbroso
Tierno las guia:
Con frescas sombras
El las abriga,
Con aguas puras
Su sed mitiga.

LOS NIÑOS.

Tu palabra es, Señor, acá en mi oido,
Mas grata y dulce que el tañido blando
Del mas suave instrumento: es un sonido
Como el jugo sabroso que la abeja
Libando está en la flor.... ¡Feliz tres veces
La familia que fiel á tus mandatos,
Tus leyes sigue, y tus preceptos gratos!
¡Feliz la madre, que en afan prolijo
De ellos instruye al fruto de su vida!
¡Feliz el padre, que á leer convida
Esas máximas santas á su hijo!

Vienen al banquete de la sagrada mesa á arrodillarse, el hijo del pobre junto al del rico, y junto á la hija del príncipe la del artesano.... Los vestidos de todos son iguales; porque de antemano el cura y las principales señoras de la parroquia, se ocupan en vestir á los desnudos, y dar pan á los que no lo tienen.

En nuestras campiñas, al salir de la iglesia, cuando los niños tienen todavía á Dios en el pecho, se les lleva á la casa del cura, ó al castillo, á desayunar; es una gran fiesta en todo el lugar: los niños se han hecho ángeles, y para que comuniquen su dicha á las casas, se les abren de par en par.

En las vísperas y en la salve, se llena de nuevo la iglesia con los dichos niños y sus venturosas familias. En nuestras provincias de Anjou, Vendea, y Bretaña, en la procesion de la tarde cuando el sol baja al horizonte y dora con sus rayos los collados bosques y prados, lleva cada niño su bandera desplegada al frente del estandarte de la Reina de los ángeles. Para repartir estos estandartes de paz, se colecta entre los ricos una suma regular, y se cortan en el castillo tiras de muselina blanca para distribuir á los niños. No hay cosa mas graciosa y pintoresca, que todas estas banderas blancas que se despliegan sobre el verdor de la compañía; tras de la cruz de plata y el estandarte de terciopelo rojo, forman los miños dos largas filas, señalando con sus huellas el giro de la procesion.

Estas banderas de la primera comunion, se conservan en las familias. Se les vuelve á ver en la fiesta de Corpus; y cuando la Francia prosperaba bajo el cetro de los descendientes de San Luis, se enarbolaban estos estandartes en la puerta de cada choza, cuando un príncipe venia á visitar el país de Catelineau Bonchamps, Jorje Cadoudal, Lescure, Charette y La Rochjacquelein.

Al citar estos nombres célebres, no hablo de política; solamente quiero recordar que los hombres que los han llevado eran católicos defensores de la cruz y de los tabernáculos, y que todos habian hecho su primera comunion; habiendo sabido morir con valor y defendiendo la causa de Dios.

Los grandes artistas encuentran inspiraciones sublimes en todo lo que toca al sacramento de la Eucaristía. *Una primera comunion de pueblo*, con todo el encanto religioso que mi pluma ha ensayado indicar, seria un cuadro muy poético. En espera de que algun pintor acometa la empresa, tenemos una obra maestra cuyo asunto se refiere á la sagrada Eucaristía: Cárlos Borromeo dando la comunion á los epidemiados de Milan. Marsella tiene un cuadro, que hace pareja con el anterior: Belzunce en medio de sus ovejas heridas por el azote de la peste.

En todo lugar en que el catolicismo derrame las gracias de sus sacramentos, se han de levantar santos, y han de brillar milagros de caridad.

Para cerrar todo lo que he escrito con temor y temblor sobre la sagrada Eucaristía, como sacramento y sacrificio, necesito como cuadro final, referir todas las pompas, magnificencias, y doctrinas que acompañan y prueban el triunfo del sacramento del altar sobre la herejia. Contra este grande y adorable misterio, habian blasfemado muchos herejes; así es que, reconoció la Iglesia la necesidad de una brillante y solemne expiacion. La decretó el Papa Urbano IV, el 8 de Setiembre de 1264. El breve que la instituye, se dió en Orvieto.

La voluntad del santo pontífice, se ha cumplido perfectamente. El catolicismo no tiene una fiesta mas conforme á su espíritu, ni que mas satisfaga el corazon de los pueblos, que la FIESTA DEL SANTISIMO CORPUS, que bien se puede llamar *la fiesta del orbe, la fiesta de las ciudades y de los pueblos.*

En mi *cuadro de las fiestas cristianas*, he tratado de pintar esta magnífica solemnidad, *en una gran ciudad, en una aldea, y sobre el mar* á bordo de un buque de almirante. Para no repetir aqui, voy á describir la *procesion del Corpus* en un convento de Paris, escena sublime y tierna que acabo de ver este año (1850).

En el centro de Paris en una de sus manzanas mas populosas, en el centro de este gran corazon de piedra, cuyas venas y arterias son las calles donde circula la vida y la turba, en la region mas animada del barrio de San German, el 2 de Junio de 1850, creí hallarme á mil leguas de esta gran ciudad, que algunos llaman la *moderna Babilonia.*

En la calle de Bac no hay solamente almacenes y viejos hoteles, sino tambien algunos puntos privilegiados, en que debe caer el rocío celestial con mas abundancia que en otra parte. Tras las dos filas irregulares de casas, que forman la calle, ecsisten grandes espacios: verdes, puros, y frescos oasis, asilos de oracion y meditacion en que el alma encuentra la calma, y á los que con trabajo pueden llegar los rumores del mundo.

La mas importante de estas mansiones sagradas, es sin contradiccion la de las hermanas de la caridad. Hay tanta futilidad y ligereza en el carácter parisiense, que la mayor parte de los hábitantes de esta capital, de un pais en otro tiempo tan cristiano, ignoran que de esa morada salen á cuidarlos en sus enfermedades y consolarlos en sus penas, las caritativas hijas de San Vicente de Paul.

Sí; de allí salió la hermana que vemos á la cabecera del agonizante, junto al soldado herido, ante el obrero agobiado por el peso del trabajo, cerca del preso, y mas cerca del criminal, que va á entregarse al verdugo.

Para disculpar un poco á los parisienses, debo decir: que si no llama su atencion el establecimiento admirable é inmenso, es porque su puerta humilde y sin adorno, se confunde con las demas. Sin embargo, al otro lado de estas puertas de encino, hay una colonia de santas, un enjambre de terrestres ángeles educándose y preparándose para las obras de misericordia, y de allí emanan tantos socorros y consuelos sobre Paris, sobre Francia, sobre Europa, y mas allá de los mares sobre los países mas remotos.

En este gran dia de Corpus, sale una voz del cielo que anima todas las comunidades. Las jóvenes, las mujeres que han renunciado al mundo y consagrádose al Señor, á los pobres y á los niños, abrazando todas las privaciones, y sometiéndose á una vida austera y á una observancia rígida, conservan un santo placer, el de adornar su iglesia y su altar.

No desarraigan el buen gusto los hábitos del claustro; las hijas de Eva conservan siempre su elegancia nativa. Ya no quieren acordarse de su belleza ni de sus gracias; pero sí quieren que los tabernáculos de Dios brillen con el oro, y que las imágenes de la reina de las Vírgenes, estén adornadas con ricos encajes y lindas flores.

Los altares de *pozas* que las hermanas de la caridad colocaron este año en el patio, corredores y claustros, verdadero campo de la celestial Jerusalen en medio de Babilonia, prueban lo que acabo de decir.

Nada mas gracioso, mas fresco, virginal ni de mejor gusto, que estos altares, construidos al estremo de largas filas de ramas de árboles que la segur habia respetado muchos años, y que recuerdan con el enlace de sus ramazones, las naves góticas de nuestras suntuosas catedrales.

Bajo esta verdura, densa y lujosa, brilla la luz de mil bujías, contra la sombra de las ramas; las flores mas primorosas esmaltaban los altares, mezclando su delicado olor al incienso que se elevaba con los himnos sagrados y plegarias de aquella turba, hácia el Dios del universo.

Es preciso decir aquí para asegurar á los que sufren y se inquietan por el porvenir, que la santa colonia de las hermanas de la caridad, nunca ha sido mas numerosa que hoy. Parece que Dios mide el número de nuestras afficciones, para así mandarnos los consuelos.

Las dos hileras de la procesion de hermanas, eran largas y numerosas. Las *novicias* con sus capuchas negras y las hermanas con sus fallas blancas y prominentes, eran de seis á setecientas (1). El estandarte blanco de la inmaculada Vírgen, abria la procesion, y á derecha é izquierda, niños acólitos llevaban sus luces, y despues de todos, las heroinas de la caridad cristiana, orando, cantando y llevando en la mano su cirio encendido.

Tras las vírgenes del Señor, tras los ángeles de la tierra, venia el clero con capas y dalmáticas. Las voces graves de los sacerdotes en alternativa con las de las hermanas de las galerías del convento bajo las bóvedas del claustro, y entre las ramas con que éste se veía adornado, eran de un efecto admirable en el sagrado recinto. Ningun ruido se escuchaba, capaz de distraer la piedad y el recogimiento, á no ser el suave gorjeo de algun pajarito que entre las ramas cantaba á su modo: "Toda criatura debe cantar un himno al Señor."

Habia recorrido la procesion la mitad de su curso trazado por un cordon de flores deshojadas; habia llegado á la mas linda de las pozas que se hallaba en el centro del inmenso jardin; la radiante Eucaristía iba á bendecir á la gente arrodillada; ya habia dicho el sacerdote desde lo alto de las gradas con voz clara y levantada: *Nuestro auxilio está en el nombre del Señor.*

Y habiamos contestado:

Del Señor que ha hecho el cielo y la tierra.

Acabábamos de inclinar nuestras frentes para recibir la bendicion, cuando se oyeron repentinamente los acentos de una música marcial; hasta aquí nada habia resonado en el asilo de paz y de oracion. Los sonidos guerreros nos venian de una casa vecina, *las misiones estranjeras;* pues la guardia nacional, de la que una parte todavía cree en Dios, habia querido proporcionar el brillo de sus armas y la armonía de su música, al clero de las misiones. Y mirando bien la cosa, ¿no son tambien los misioneros soldados tan valientes é intrépidos como los que llevan sable y fusil, y no merecen que los hombres que conocen el valor lo estimen y honren?

(1) En 1848, deben haber sido mas numerosas en la procesion; porque en 1849, cien de ellas, murieron del cólera asistiendo á los epidemiados.

Los sacerdotes, consagrados á llevar lejos la palabra evangélica, mas allá de los mares, á los pueblos salvajes y crueles, así como las mujeres consagradas á repartir las limosnas de la caridad y las divinas esperanzas en las almas desgraciadas y frecuentemente marchitas, adoran al mismo Dios.

Al Dios que ha dicho: *Id, y enseñad.*

Al Dios que ha dicho: *Id, y haced el bien, dad y consolad.*

El misionero y la hermana de la caridad, son hermanos y hermanas; unos tienen por patrono á San Francisco Javier, las otras á San Vicente de Paul. La hermana de la caridad no cura solamente las llagas del cuerpo, sino que vierte tambien el bálsamo de la palabra santa sobre las heridas del alma. Cuando el apóstol está lejos de su país natal, cuando planta el estandarte de la cruz en alguna isla desconocida y poblada de hordas salvajes, no solamente va á proclamar á Jesucristo, hacerle adorar por los bárbaros á quienes su palabra habrá iluminado, sino que tiene necesidad de condolerse de los males físicos, y hacerse médico del cuerpo como lo es del alma.

Al enfermo á quien cura la hermana de la caridad, habla de Dios; al idólatra que convierte el misionero, presta cuidados paternales.

Una feliz casualidad ha aprocsimado tanto estas dos casas de Dios, y sus cánticos y sus himnos han debido elevarse juntos hácia el cielo como un solo y majestuoso acorde. Así cuando he oido sus voces mezclarse y confundirse en el momento de la bendicion, en este instante dulce y solemne en que mi alma rebosaba en emociones indecibles, no oré por mí, pobre pecador, sino que desde el fondo de mi corazon impetraba del Señor dejase caer su rocío sobre los sacerdotes de las misiones y sobre las hermanas de la caridad. Unos y otras no apetecen mas que la mayor gloria de Dios y la dicha para los hombres.

¿En qué fuentes han tomado y van á tomar estos valerosos apóstoles, estas santas hijas ese ardor tan caritativo? ¿Dónde pueden unos y otras hallar la fuerza que les es precisa, la fuerza que consumen diariamente? No lo dudemos: en nuestros tabernáculos, en la santa Eucaristía es de donde la gracia destila sobre los elegidos de Dios.